



Bisso, Andrés

El antifascismo argentino: imagen de redención “democrática” de la sociedad civil en la Argentina fraudulenta y militar de los años 30 y 40

Trabajos y Comunicaciones (2a Época)

2000-2001, no. 26-27, p. 211-232

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](#), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica éditada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida

Bisso, A. (2000-2001) El antifascismo argentino: imagen de redención “democrática” de la sociedad civil en la Argentina fraudulenta y militar de los años 30 y 40. [En línea] Trabajos y Comunicaciones, (26-27). Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.13/pr.13.pdf

Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/)

Para ver la licencia completa en código legal, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode)

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

EL ANTIFASCISMO ARGENTINO: IMAGEN DE REDENCIÓN "DEMOCRÁTICA" DE LA SOCIEDAD CIVIL EN LA ARGENTINA FRAUDULENTE Y MILITAR DE LOS AÑOS 30 Y 40

Andrés Bisso

Centro de Investigaciones Socio-Históricas - Universidad Nacional de La Plata

En 1922, el fascismo, encabezado por Benito Mussolini tomaba el poder en Italia. Hacia 1925, luego de salir airoso del asesinato de Giacomo Matteoti, producido en junio de 1924, el Duce suprimía los partidos opositores. Al año siguiente, los partidos y organizaciones que se opusieran al gobierno conocerían la disolución. En el marco presentado, serán redactadas las leyes fascistísimas¹. Frente a esa situación, el antifascismo se constituirá desde los años 20 como una fuerza de oposición al régimen instaurado en Italia. Los emigrados italianos comenzarán a llevar la prédica antifascista por los diferentes países del mundo, preferentemente a Francia, donde cerca de un millón de disidentes se establecerán y donde se concentrará la mayor actividad política del movimiento². Sin embargo, la exclusividad italiana del fenómeno fascista, hará que la lucha antifascista no se vea acompañada de manera abierta por los sectores "democráticos" de otros países, quienes verán en ella una causa más "amiga" que realmente propia. En 1933, el ascenso del nazismo al poder y de su líder Adolf Hitler a la Cancillería alemana, harán finalmente del "fascismo" un problema de envergadura mundial, que la Segunda y la Tercera Internacional comenzarán a plantear con mayor fuerza. La tesis del socialista belga Emile Vandervelde, que señalaba que el fascismo era un problema "propio de los estados subdesarrollados del sudeste europeo" perderá toda la vigencia que pudiera haber tenido antes de ese hecho³. Establecido en dos países y gozando de adherentes en casi toda Europa, el fascismo comenzaba a ser visto, sobre todo por los sectores izquierdistas, cada vez más como un "fenómeno universal, en

¹Ver Carsten, Francis L., *La ascensión del fascismo*, Sex Barral, Barcelona, 1971, cap. 2: El ejemplo italiano pp. 59-108.

²Ver Droz, Jacques, *Historie de l'antifascisme en Europe, 1923-1939*, Paris, La découverte, 1985, chap. 2: l'antifascisme italien, pp. 25-72.

³Citado por Droz, Jacques, *op. cit.*, p. 18. Vandervelde iba más allá y, haciendo un juego de palabras señalaba hacia 1931 los límites del fascismo, al decir que había "une ligne allant de Kowno (se refiere a Kaunas, ciudad de la actual Lituania. Nota mía, A.B.) á Bilbao, au nord de la quelle il faut parler de *chevaux-vapeur* et de démocratie, et au sud de *cheval de trait* et de dictature", *op. cit.*, p. 18-19. Cursivas mías, A. B.

cuanto representa la forma última que asume la dictadura de la clase capitalista, en un momento incierto de su historia, y como tentativa para superar la crisis de posguerra. Ello significa que mañana puede aparecer en cualquier otro país⁴. Frente a esta “internacionalización parda”, el antifascismo comenzará a mostrarse como una medicina preventiva ubicua frente al posible acceso de las dictaduras totalitarias. Enfrentado a un enemigo internacional, el antifascismo mismo se volverá universal, y buscará ser el polo del “progreso”, en esa “única guerra mundial, civil e internacional al mismo tiempo”⁵ que comenzaba a perfilarse.

En la Argentina, lugar de residencia de casi 2 millones de italianos en los años 20⁶, el movimiento antifascista nativo recién adquirirá envergadura como movimiento de opinión, a mediados de los años 30. Cuando lo haga, no lo hará a partir de la resistencia antifascista de los italianos en Argentina, que en gran medida permanecía sectarizada⁷, sino bajo coordenadas que intentarán coligar los ideales universales antifascistas con la oposición a los regímenes locales. Si bien el antifascismo antimussoliniano conformó, por obvias razones, un nutriente obligado de argumentos para los “antifascistas” locales⁸, será, sobre todo al calor de dos “nuevas” consignas, que el movimiento antifascista se estructurará y tomará forma en la Argentina. La primera consigna será la del “Frente Popular”, que se dará con fuerza a partir del año 1935 y tendrá en el radicalismo postabstencionista a la *vedette* a seducir por los demás partidos⁹. La segunda consigna, surgida del llamado a defender la República Española amenazada en 1936 por una sublevación de tropas en Marruecos, rápidamente convertida en guerra civil, presentará

⁴Troise, Emilio, *¿Qué es el fascismo?*, Buenos Aires, Socorro Rojo internacional, s/d, p. 19.

⁵Hobsbawm, Eric J., *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1998, p. 151.

⁶ Ver Newton, Ronald C., “El fascismo y la colectividad ítalo-argentina, 1922-1945”, *Ciclos*, año V, vol. V, n°9, 2do semestre de 1995, p. 3-4.

⁷Como lo demuestra el caso de Severino di Giovanni, quien si bien proclamaba su deseo de “interesar a los trabajadores italianos en todas las agitaciones proletarias argentinas”, sus actos y su insularidad indicaban la incapacidad y la falta de deseo de convertir al antifascismo en un ideal a compartir con el movimiento obrero local. En todo caso, la inserción “argentina” de Di Giovanni, tuvo que ver con las disputas internas del anarquismo, pero no con la promoción de una forma de antifascismo que interesara a los grupos obreros “nativos” en Argentina. Ver Bayer, Osvaldo, *Severino di Giovanni. El idealista de la violencia*, Buenos Aires, Planeta, 1999.

⁸El movimiento antifascista local intentará, por un lado, recrear el tono dramático que los perseguidos italianos traían a estas tierras, y por otro, realizar comparaciones entre los mártires italianos del antifascismo con las víctimas argentinas del régimen fraudulento. Así, Mario Bravo dirá: “Mussolini asesinó a Matteoti. Mussolini hizo mal, sin duda. ¿es que acá no han asesinado a Guevara, no se han golpeado (sic) con toda saña a obreros en varias ocasiones?” en AAVV, *El pueblo contra la invasión nazi*, Buenos Aires, Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo, 1938, p. 52.

⁹Como claramente se ve en el reconocimiento del socialista Adolfo Dickmann cuando señalaba que: “sin la adhesión franca, leal y decidida de la UCR no podría pensarse en la constitución del Frente Popular”. *La Vanguardia*, 15 de octubre de 1936, p. 4. Por otra parte, Nicolás Repetto ya había dicho unos meses antes: “yo no creo que haya en nuestro país un solo hombre que pueda considerar seriamente la formación de un Frente Popular sin el Partido radical”. *La Vanguardia*, 15 de julio de 1936, p. 1.

al movimiento como una fuerza de opinión respetable y como una posible ideología “nacional”, a través de su vinculación con motivos hispanistas *aggiornados*¹⁰. Las dos consignas se entrelazaban, porque en España lo que se defendía era un gobierno de Frente Popular y la forma por la que la apelación antifascista se “nacionalizaba” era a través de mencionar que lo que se intentaba defender en España era lo mismo que el fraude conservador ponía en peligro en Argentina y las dictaduras “caudillistas” en toda América: la forma republicana y la democracia. Intelectuales y políticos argentinos “democráticos”, en una unión civil que tenía larga data en la historia nacional y que cada vez se daba con más fuerza como fórmula de “representación” de las libertades civiles, consignarán esta postura en un mensaje solidario al pueblo español: “El triunfo de las fuerzas populares infundirá fe a los pueblos apocados y devolverá a todos los países de América el esplendor democrático eclipsado pero no extinguido”¹¹. Como intelectuales, reconocerían las palabras de su par, Enrique Anderson Imbert, cuando señalaba que: “vista la matanza desde la Argentina, nos golpea el pecho el sentimiento de que en España también se juegan nuestros destinos, que es en nuestra misma patria, en el ámbito de nuestra cultura, donde se ha renovado la milenaria lucha entre las formas caducas (...) de la sociedad, y las fuerzas nuevas”¹².

El antifascismo como nucleador de las asociaciones civiles.

A partir de su fortalecimiento como apelación, el movimiento antifascista se irá presentando crecientemente como el unificador moral “último” de las diferentes asociaciones civiles que veían en el Estado y en el régimen conservador, a los

¹⁰En el caso de la guerra civil española, Raanan Rein señala, que para los latinoamericanos la misma fue, además de la primera disputa fuerte entre fascismo y antifascismo, un prisma donde replantear los “propios problemas internos, que desde numerosos aspectos se asemejaban a los problemas a los que se enfrentaba España en los años treinta”. De allí que el antifascismo en España hiciera carne entre la población local que sentía la situación española unida a la historia latinoamericana, haciendo que tipo de adopción antifascista fuese más fácil de ser explicada bajo coordenadas nacionales. Raanan Rein, “Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas en la Argentina, 1936-1939”, *Ciclos*, Año V, Vol. V, N°9, 2do semestre de 1995, p. 31. En general, la remisión a la hispanidad en la Argentina había sido monopolio de los sectores “de derecha”. La República española representará para los sectores “de izquierda”, la posibilidad de remitir a una nueva España, que se vuelva “guía” de América y el mundo, pero ahora desde una perspectiva progresista. Así, “desde la actual República con traje de mecánico, España acaudilla a los trabajadores del mundo”, como diría Aníbal Ponce en su conferencia “Examen de la España actual”, dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores en agosto de 1936. Ponce, Aníbal, *El viento en el mundo*, Buenos Aires, Futuro, 1963, p. 160.

¹¹Las categorías en que se agrupaba a los firmantes son demostrativas del ideal civilista que encarnaba el mensaje. Estas eran: profesores, legisladores, diputados nacionales y universitarios. *España republicana*, 29 de agosto de 1936, p. 11.

¹²Anderson Imbert, Enrique, “España en varias perspectivas”, *Revista socialista*, año IX, n° 105, febrero de 1939, p. 97.

cercenadores de sus libertades. Este proceso se daba a través de mecanismos discursivos que relacionaban los problemas de expresión pública en Argentina con la batalla que se daba contra los regímenes totalitarios europeos. Uno de estos mecanismos era el de ver al fascismo como un problema universal y moral que ponía en peligro a la Argentina, por más que ella se mantuviese neutral en la guerra. Es más, esa misma neutralidad era mostrada como una causa de mayor indefensión, porque “al amparo de esa posición candorosa los alemanes regimentados en grupos extraordinariamente activos desarrollan su obra de envenenamiento (y) de disociación de la vida nacional”¹³. Hacia 1942, Adolfo Lanús dirá, en los términos de patetismo propios del discurso antifascista, que la guerra no debía ser indiferente a los argentinos, ya que “estamos enfrentados a una cuestión de vida o muerte y así debemos entenderlo todos” y “si triunfa Alemania (...) los hijos de los hombres que tenemos una posición definida frente a la barbarie (...) probablemente no podrán jugar nunca más”¹⁴. La batalla del Río de la Plata del 13 de diciembre de 1939, con el posterior ingreso de los marinos del *Graf Spee* en territorio argentino había significado, para los argentinos, el primer acto de amenaza seria contra su soberanía nacional, y ya desde mayo de 1940, Holanda se había vuelto, para los grupos aliadófilos locales, el símbolo que mostraba la inutilidad de la política de neutralidad¹⁵, ya que prefiguraba que cualquier país podía ser invadido, a pesar de no declarar hostilidad al Eje. En esos términos, los antifascistas rioplatenses explotarían los posibles alcances de esta “amenaza nazi” al punto de afirmar que “en 2 horas Hitler pudo haber tomado el Uruguay”¹⁶.

Frente a la movilización civil que el antifascismo buscaba generar en cada nuevo suceso de la guerra, el gobierno respondía con respuestas disuasivas y poco claras, que no hacían más que indignar a la oposición democrática. En todo caso, resulta tan claro que no era ingenuo considerar a Hitler como una “amenaza mundial” como seguro pensar que Uruguay nunca podría haber sido capturado en 2 horas por la *Wehrmacht*. En realidad, como es posible suponer, en los dos discursos, el del vehemente antifascismo opositor y el incansablemente tranquilizador del gobierno, la “verdad” y la “falsedad” se entremezclaban como hermanas siamesas. Nuestra necesidad, como investigadores, es la de no remitirnos centralmente a estos términos si queremos analizar la construcción

¹³ *Argentina Libre*, año 2, n°67, 19 de junio de 1941, p. 3.

¹⁴ Lanús, Adolfo, *Campo minado*, Buenos Aires, Esmeralda, 1942, p. 7.

¹⁵ “¿Neutrales? Sí, pero a condición de soportar el hundimiento de sus barcos, a condición de tolerar en su territorio miles de espías y de agentes de la ‘quinta columna’, a condición de prohibir, como Holanda, la circulación de libros susceptibles de disgustar a Alemania, a condición de sonreír ante los golpes y las injurias del agresor” *Argentina Libre*, año 1, n°15, 13 de junio de 1940, p. 3.

¹⁶ *Argentina Libre*, año 1, n°17, 27 de junio de 1940, p. 2.

que la apelación antifascista hacía de los hechos. Lo que creemos más fecundo para el análisis del antifascismo argentino es ver el potencial de “verosimilitud” y de eficacia que la apelación antifascista tenía frente a los sujetos que interpelaba, y que buscaban en ella, un ideal sustituto, o al menos fortalecedor, de los ideales democráticos y cívicos tradicionales que el nuevo clima ideológico mundial había ensombrecido.

El antifascismo pretendió con su prédica huracanada, ser el *big brother* de esa democracia languidecida por la Restauración Conservadora que los “nacionalistas” acusaban de boba. Por eso la re-presentaba como “el espíritu del hombre en toda su invencible grandeza”¹⁷, que no podía tratar de manera “democrática” a quienes la atacaban, ya que “reconocerles a los partidarios de doctrinas antidemocráticas el derecho a la libertad, es estupidez y voluntad de suicidio. La libertad no debe proteger a quienes la utilizan para destruirla, negándola a los que no piensan como ellos”¹⁸. La terrible paradoja en la que estaban metido los grupos “democráticos” era la de cómo mostrar una posición endurecida e incluso represiva frente a quienes atacaban la Democracia como valor, sin minar con su acción represiva los mismo valores que ellos buscaban encarnar. El antifascismo intentó ser una ley de excepción legítima de la democracia, sin embargo, a veces, con su prédica alarmista, ayudaba a los mismo gobiernos a los que se oponía, quienes reinterpretaban los términos de esa consigna de “amenaza”, imponían medidas como la del Estado de Sitio, que se impondría desde el 16 de diciembre de 1941, con el pretexto de evitar conmociones de origen externo que el ataque japonés a Pearl Harbour podría generar en la vida local.

Como dijimos, el movimiento antifascista local considerará la lucha contra el fascismo como un combate universal, en el cual no sólo estaba en cuestión evitar la guerra, sino directamente salvar la civilización¹⁹. Pero además, y en esto consistía otro de los mecanismos de conversión del antifascismo en ideal englobador de la “Sociedad Civil”, la apelación contra el fascismo se presentaba como la encargada de preservar y defender la tradición liberal y democrática argentina. Al presentar esta tradición como la única realmente argentina, todas aquellas otras ideas ajenas o que pudiesen expresarse críticas a la idea republicana y democrática interpretada en la clave del liberalismo

¹⁷Gómez Masía, Román, “No es posible ser un americano auténtico y al mismo tiempo antisemita”, *CONTRA el racismo y el antisemitismo*, año 1, n*5, abril de 1938, p. 4.

¹⁸Suplemento de *La Vanguardia*, 1 de mayo de 1939, p. 20.

¹⁹Aníbal Ponce, en un discurso de 1935 para los estudiantes cordobeses dirá: “el fascismo no sólo es la guerra, el terror y la miseria: el fascismo es también la cultura estrangulada, la Universidad convertida en un cuartel, la inteligencia envilecida y muda. De nosotros depende que esa ignominia se instale o no en nuestra historia; de nosotros depende que la cultura humana no se esterilice aquí durante quien sabe cuantos años”. AAVV, *1918-1998. La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, La Página, 1998, pp. 49-50.

argentino, se presentaban como antinacionales. Así, frente a los posibles ataques de los “nacionalistas” que consideraban al antifascismo como “mercadería importada” y ropaje de la infiltración comunista²⁰, los antifascistas argentinos estarán constantemente alertas de interpretar la lucha internacional que se desarrollaba, bajo coordenadas que intentarían ser propiamente argentinas. El antifascismo era la alarma civil contra una penetración foránea consentida desde el gobierno en la cual “nuestra soberanía nacional y nuestra condición de pueblo libre y democrático están agraviados en lo más caro e íntimo; y todo por complacencia o incompreensión de nuestras autoridades”²¹. Al considerar que la patria estaba amenazada por quintas columnas totalitarias que “minan día a día nuestras instituciones democráticas y, lo que es más grave, nuestro espíritu democrático”²², los antifascistas buscaban invertir el ataque al que eran sometidos y despojar a quienes ellos llamaban “nazionalistas”, del prestigio que significaba en el lenguaje político de la época, ser un “patriota”. Al ubicar a la democracia como la esencia argentina, los antifascistas intentaban “desnacionalizar” a todo grupo que estuviera disconforme con las instituciones democráticas.

El trayecto histórico del antifascismo argentino.

El apogeo del antifascismo como corriente de opinión en la Argentina, se dará entre mediados de los 30's y mediados de los 40's. Si tuviéramos que marcar una fecha puntual de su desaparición, creemos que lo deberíamos hacer en las elecciones del 24 de febrero de 1946, fecha en la que la Unión Democrática se presentaría a elecciones como último intento de basar en el antifascismo, una propuesta política pasible de acceder al poder. Si bien el antiperonismo se seguirá valiendo de motivos antifascistas para justificarse²³, éstos se irán desvaneciendo a medida que los ejes de discusión

²⁰De las formas políticas ‘naturales’ del antifascismo, el nacionalista Manuel Fresco decía “Constituido el ‘Frente Popular’, disfrazado por eufemismo circunstancial con la máscara de ‘Unión Democrática’ (...) quedan, así, creadas las condiciones necesarias para el zarpazo final del comunismo, que se apresta a realizar el tercer y último acto del gran drama social argentino, que es la revolución propiamente dicha.”. Fresco, Manuel A., “Patria y comunismo” en *Discursos pronunciados en el Luna Park en el acto organizado por Unión Nacional Argentina*, Buenos Aires, UNA Patria, 1943 (?), p. 40-41.

²¹Villegas, Jesús, “Nada de dominación extranjera sea ella espiritual o material”, en AAVV, *El pueblo contra la invasión nazi*, op. cit., p. 47.

²²Reportaje al presidente de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas, Damonte Taborda. *Argentina Libre*, año 2, n°67, 19 de junio de 1941, p. 1.

²³Durante el gobierno peronista, la oposición seguirá manteniendo, aunque matizadas, las tesis de similitud del peronismo con el fascismo. “El fascismo italiano y el justicialismo no son idénticos, pero presentan muchas analogías que no pueden ser accidentales. El régimen de Perón resulta muy fácil de comprender si se lo compara con el de Mussolini” . Repetto, Nicolás, *Fascismo y justicialismo*, Buenos Aires, Parlamento Libre, 1951.

política nacional vuelvan la disyuntiva fascismo-antifascismo totalmente anacrónica, incluso en términos de conformación de un espacio meramente “negativo”. El efímero reverdecer del antifascismo durante la época de la Revolución Libertadora²⁴, estará crecientemente plagado de contradicciones, que lo volverán absolutamente disfuncional a cualquier práctica política que buscara consensuar un tipo de solución fuera del peronismo. De todos los partidos políticos, será el socialismo el más renuente a desembarazarse de la apelación antifascista, quizás porque en ella recordaba lo mejor de sus años²⁵.

Durante los años de apogeo del antifascismo nativo, este movimiento supo incorporar a su orientación “negativa” primitiva basada en el repudio sin más al fascismo, un bagaje “positivo” difuso, en tanto se nutría más de defender tradiciones “amenazadas” que de presentar propuestas programáticas concretas. A pesar de su difuminación práctica, sus alcances “positivos” resultaban muy claros a la lectura de los contemporáneos, que comprendían que el “antifascismo” que se iba imponiendo venía indisolublemente ligado a la forma que los partidos “democráticos” le iban dando en sus intentos de conformar un frente mínimamente cohesionado de acceso al poder²⁶. Esta positividad “implícita” creará fuertes ataques desde los sectores más radicalizados del antifascismo, como los anarquistas, para quienes “todo llamado para ‘salvar las instituciones y libertades democráticas’ es música que no logra entusiasmarlos ni con los acordes de la Marsellesa. Nuestros himnos son Hijos del Pueblo y la Internacional”²⁷. La

²⁴La misma violencia sobre la que se encaramó la Revolución Libertadora y la *Resistencia* que generó frente a ella, la hacían una difícil heredera de la tradición del antifascismo. Rodolfo Walsh será uno de los que intente desarmar a la revolución libertadora de cualquier posible blasón antifascista, cuando diga de su justicia: “quiero que se me diga que diferencia hay entre esta concepción de la justicia y la que produjo las cámaras de gas en el nazismo”. Walsh, Rodolfo, *Operación Masacre*, Buenos Aires, Planeta, 1998, p. 230.

²⁵En 1979, los socialistas editaban el libro *50 caricaturas inéditas* de Tristán, con dibujos de este humorista de los años 1945 a 1956. Los comentarios a esos dibujos, hechos para la reedición de 1979 reafirman en los mismos términos de antaño, el carácter fascista y totalitario del peronismo como cuando señala “Perón utilizó durante la campaña (...) la técnica desarrollada por el Ministro de Propaganda de Hitler, Dr. Goebbels”. También se retoman otras acusaciones de antaño a Perón, como en la que puede leerse: “Perón refugiado en Panamá prosigue su vida depravada en los ambientes donde conoció su tercera esposa” (se refiere a la ex presidenta destituida por el gobierno militar de 1976, María Estela Martínez de Perón). Tristán (seudónimo de AntonioGinzo), *50 caricaturas inéditas*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1979.

²⁶Los llamados partidos “democráticos” eran la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista y el Partido Demócrata Progresista. Los tres partidos enunciaban su ligazón al ser los partidos avalados por la voz de la opinión pública. En palabras de Lisandro de la Torre: “Tenemos (...) un signo en común; el pueblo nos llama: ‘los partidos democráticos, y así es, somos los partidos democráticos de la República Argentina’”. *La Vanguardia*, 23 de agosto de 1936, p. 2. Los partidos “democráticos” arbitaban sobre la “democratización” o no de dos grupos que podían llegar a ser democráticos, el comunismo y los conservadores liberales, que rondaban siempre en la mesa de posibles negociaciones por una unidad “democrática”. Mientras los radicales tendían a objetar a los conservadores en las discusiones, los socialistas atacaban duramente a los comunistas.

²⁷García Thomas, s/n, *Tenemos algo que decir. Consideraciones acerca del Frente Popular en la Argentina*, Buenos Aires, ALA, 1937, p. 10.

justificación de la intransigencia de estos grupos podría resumirse en la siguiente frase: “los malos no mejoran porque existan peores”²⁸.

Fuera de esas disensiones marginales, la existencia de luchas por indicar el carácter “positivo” del antifascismo se darán de manera más fuerte, durante los años del pacto Molotov-von Ribbentrop, donde el antifascismo se dividirá en dos versiones casi igualmente tentadoras. Mientras una representaba la tradición liberal socialista del antifascismo, en la cual se valoraba “la democracia, tan vigorosamente arraigada en el espíritu inglés, que creó sus maravillosas instituciones liberales a través de largos siglos de ininterrumpida evolución hacia las formas más nobles de la civilización política”²⁹, la otra retornaba a las fuentes del antifascismo antiimperialista, que buscaba combatir “tanto al imperialismo nazi como al que se dice democrático”³⁰ y pensaba que “no hay que buscar la cabeza en Moscú, pero cuando algún tornillito se afloja lo pueden ajustar en Moscú”³¹. Habiendo tomado una sola de las dos partes esenciales que por primera vez aparecían como incompatibles en el discurso antifascista, la apelación a la democracia y la retórica radicalizada, cada uno de los sectores en disputa centrará sus críticas hacia el otro, diciendo que el que había tomado el camino opuesto “le hacía el juego” al “verdadero” fascismo, para unos representado en el totalitarismo, para otros en el imperialismo burgués.

Las agrupaciones civiles antifascistas ante la dolorosa escisión.

Mientras que en los partidos políticos las separaciones en torno al pacto de No Agresión fueron previsibles, en el caso de las agrupaciones civiles, la separación fue dolorosa y equívoca, porque ellas siempre se habían percibido a sí mismas como “un gran movimiento de opinión, netamente argentino, que aspiraba a (...) elevarse por sobre las divergencias, dejar de lado los compromisos de partido y unirse para sostener ciertos principios esenciales, cuya vigencia ha constituido hasta ahora nuestra razón de ser como nación”³². A través del ejemplo de la Asociación de Intelectuales, Artistas,

²⁸ *Idem*, p. 15.

²⁹ Discurso pronunciado en 1940 por el Dr. Marcelo T. De Alvear, como huésped de honor de la Cámara de Comercio Británica en la República Argentina. Citado en Romero, Luis Alberto y otros, *El radicalismo*, Buenos Aires, Carlos Pérez editor, 1968, p. 304.

³⁰ Frase de Jerónimo Arnedo Álvarez citada por: Ramos, Jorge Abelardo, *Breve historia de las izquierdas en la Argentina*, Buenos Aires, Claridad, 1990, tomo II, p. 62.

³¹ Frase de Vittorio Codovilla citada por Otto Vargas en Brega, Jorge, *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*, Buenos Aires, Ágora, 1997, p. 92.

³² Cita del manifiesto de *Acción Argentina* del 5 de junio de 1940 y de un llamado del Partido Socialista de ese mismo mes a unirse a aquella agrupación aliadófila. Citado en Repetto, Nicolás, *Mi paso por la política*.

Periodistas y Escritores (AIAPE), logra verse de manera muy clara como el pacto significó una fragmentación fronteras adentro de la misma agrupación y una continua incomunicación con otros sectores civiles. En el caso de la AIAPE, de dirección simpatizante al comunismo, se dará un proceso de insularidad y tensión creciente frente a otros grupos civiles antifascistas de tendencia liberal-democrática como el periódico *Argentina Libre* o la agrupación *Acción Argentina*. La AIAPE reformulará su imagen del fascismo, privilegiando su esencia imperialista y se acercará a intelectuales nacionalistas neutralistas, como en el caso de Scalabrini Ortiz³³.

La situación de ruptura y reacomodamiento dejaba a los intelectuales y participantes apartidarios de las asociaciones civiles con un gusto amargo en la boca, al sentir este fenómeno en el cual, bruscamente, “alguien que no es enemigo puede pasar a serlo con sólo cambiar de representatividad, fenómeno que a menudo nos deja muy confusos”³⁴.

La reconstitución en 1941, a causa de la invasión de Hitler a Rusia, de un campo unificado de antifascistas, restañará las antiguas heridas en forma parcial, pero suficiente como para emprender nuevamente el discurso, caro a los antifascistas locales e internacionales, que señalaba que “todos debemos estar unidos porque estamos en guerra (...) contra el enemigo de todos y todos tenemos que derrotarlo”³⁵. Era la forma de fortalecer el campo “democrático” y reconstituir, al menos en el imaginario antifascista, la idea de que la división fundamental volvía a estar dada, en los términos de antropología filosófica que tanto placían a Alicia Moreau de Justo, entre los “hombres que aman- casi diría por instinto- la razón y la libertad” y el resto formado por la “eterna y mansa grey que (...) ha hecho con sus propios cuerpos el pedestal de los tiranos”³⁶.

La vuelta a la unidad. Todos contra el enemigo en común.

A pesar de la ruptura, para la mayoría de las agrupaciones civiles antifascistas, la defección del comunismo de la lucha contra Hitler, no fue vista más que como un

De Uriburu a Perón, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1957, pp. 207-208.

³³Por un análisis de esta agrupación, desde 1935 a su disolución obligada en 1943, ver Cane, James, “‘Unity for the Defense of Culture’: The AIAPE and the cultural politics of argentine antifascism, 1935-1943”, *HAHR*, vol 77, n°3, August 1997, pp. 443-482.

³⁴La frase es de Chou Enlai, y por más que se refiere a un contexto diferente, parece ser sintomática del aspecto psicológico resultante de la ruptura de toda política de frente. Chou Enlai, *Sobre el frente único*, Buenos Aires, suplemento Hoy, marzo de 1996, p. 5.

³⁵Bioy, Adolfo, “Todos tenemos que derrotarlo”, *Antinazi*, año 1, n°39, 22 de noviembre de 1945, p. 1.

³⁶Moreau de Justo, Alicia, “La libertad no es un don, ni de la providencia, ni de un superhombre; es una conquista permanente”, en A.A.V.V., *El pueblo contra la invasión nazi*, op. cit, p. 27.

extrañamiento ocasional, que podía ser, y de hecho lo fue, rápidamente subsanado. De esta manera vemos como, a medida que se transformaba el panorama político, la apelación antifascista podía dar respuestas coherentes a los cambios que ocurrían, al menos fronteras adentro de aquello que se definía difusamente como “el campo democrático” o “del progreso”, y permitía ser usada como una herramienta flexible para decidir estrategias frente al cambiante abanico de lealtades y enemistades que los hechos podían presentar.

Por su uso multivariable, por su carácter “idealista”, por las tradiciones que encarnaba y por su surgimiento como “gran movimiento cívico que dará el triunfo al derecho, a la libertad y a la justicia”³⁷, los partidos políticos “democráticos” empezaban a considerar cada vez más tentadora la apelación antifascista surgida de aquellos “nichos” civiles, en parte formados con la membresía de muchos políticos “democráticos” y en otra parte formado por la serie de “notables” que parecían representar bajo el prisma turbulento de la época conservadora y luego militar, la matriz de representación de la Sociedad Civil. Entre los principales representantes de la opinión pública, se encontraban “los intelectuales argentinos (que) siempre han estado a la vanguardia de los grandes y auténticos movimientos nacionales. Hoy están de nuevo en la brecha, firmes y altivos como nunca”³⁸. Definido el fascismo como la anticultura, era casi impensable que alguien que se definiera como intelectual no se situara en esa vanguardia cívica que representaba el antifascismo.

La recepción del movimiento civil antifascista en los partidos “democráticos”.

Pero si como dijimos, el antifascismo se constituyó como posible factor de aglutinamiento político en los años 20, ¿porqué comienza a presentarse *recién* a mediados de los años treinta como un posible factor de consenso y articulación en la política argentina, entre los partidos llamados “democráticos” y los sectores que representaban la “sociedad civil”? Indudablemente, varios factores concurren en este fenómeno de enarbolamiento de un ideal “importado”, para presentar un polo unificado y enfrentado al régimen conservador, considerado por la opinión “democrática” como un poder ilegítimo y totalmente desatado de la Sociedad Civil, que parecía sufrirlo como se sufren las tormentas.

³⁷Abogados democráticos, *Documento para la historia sobre la candidatura imposible*, Buenos Aires, Unión Democrática, 1946, p.5.

³⁸Meerof, Marcos, “Evitemos al país la desgracia y la vergüenza del fascismo”, en AAVV, *El pueblo contra la invasión nazi*, op. cit., p. 45.

Por un lado, debemos mencionar el impresionante raid de prestigio que el antifascismo cosechaba en esos tiempos como fuerza moral mundial, en tanto presentaba, por un lado, un enemigo en común al que combatir, y por el otro, un representante “romántico” en la República Española. En segundo lugar, creemos que el antifascismo logró cuajar en la Argentina como un ideal renovador, que retomó la vieja tradición liberal argentina, en jaque desde los años 30, y que podía abarcar un espectro tal de la gama “democrática” nacional, que podía incluir desde el Partido Comunista, intermitentemente ilegal,³⁹ hasta los sectores “liberales” del conservadurismo crecientemente descontentos con el giro “fresquista” de la concordancia.

El antifascismo resultó la mejor apelación para ligar primero al gobierno conservador, y luego al régimen militar de 1943, con enemigos indeseados que redoblaban al nivel de una conspiración antidemocrática mundial, la ilegitimidad fraudulenta primero y golpista luego, de los gobiernos “anticivilistas” que el movimiento antifascista buscaba vencer. Así, los gobiernos a los que se oponía, parecían estar avalados únicamente por grupos minúsculos que no respondían a la verdadera “opinión pública” . El antifascismo fue la apelación civil que los partidos opositores al conservadurismo buscaron construir para conformar “un movimiento de partidos, grupos y fracciones que vendría a representar prácticamente el ‘partido único de la democracia argentina’”⁴⁰.

La formación de grupos de ciudadanos reunidos con los más variados fines fue un rasgo de prolífica producción en la Argentina de los años 30. Cada una de estas agrupaciones de “hombres libres, de ideas filosóficas y políticas muy diversas”⁴¹, surgieron, en parte, a fin de dar respuesta a la situación anómala que el golpe uriburista y el posterior “pantano” justista habían creado. Durante el gobierno de Justo fue la promoción de los ideales republicanos españoles, el arma más certera que las

³⁹Contra lo que pudiera parecer a primera vista, el Partido Comunista no fue renuente a sentirse parte de la tradición liberal durante esos años, tanto en lo que significaba participación de afiliados y simpatizantes en agrupaciones civiles como núcleos de resistencia frente al Estado y grupos “antisociales”, como en cuanto a la remisión de héroes del panteón liberal argentino clásico como antecesores y pioneros de la causa defendida por el comunismo. En lo que respecta al primer punto, Emilio Troise, presidente de la AIAPE y del Comité Contra el Racismo y Antisemitismo de la Argentina, de simpatías comunistas, parece ser uno de los casos más claros de este tipo de militante civilista de tendencia comunista. En lo que respecta al segundo punto, eran Alberdi y Sarmiento los próceres más citados por el Partido Comunista, y sus frases más famosas eran reproducidas en los panfletos. Para dar un ejemplo, la consigna “Bárbaros, las ideas no se matan”, al lado de un retrato de Sarmiento, en el panfleto *La cultura argentina y el 4 de Junio*, Buenos Aires, Partido Comunista, s/d.

⁴⁰*La Vanguardia*, 17 de diciembre de 1937, p.3.

⁴¹*Resoluciones del Primer Congreso Contra el Racismo y el Antisemitismo*, Buenos Aires, Comité contra el Racismo y el Antisemitismo, 1938, p. 6.

asociaciones civiles podían esgrimir contra él, al adjuntar a las acusaciones de fraude, las acusaciones de una “neutralidad” tendenciosa a favor del franquismo⁴².

Luego de Justo vendría el gobierno de Ortiz, y con él, el intento gubernamental más importante por rearmar las fibras liberal-democráticas del consenso social y político en la Argentina. El nuevo presidente Ortiz tendrá una postura que parecía buscar la vuelta a la normalidad constitucional. Este intento no hizo sino alentar la formación y mayor actividad de grupos de ciudadanos movilizados en torno a esos ideales “superiores” y “universales” que los venían convocando. El año 1938 será el de explosión de los grupos “civiles”, en un tono reconciliado con el gobierno, ya que Ortiz se había convertido en un referente indiscutible del “antifascismo” y la “democracia”. Sin embargo, el aparato de poder seguía siendo conservador, y al no ser la estrategia de Ortiz la de los “demócratas”, éstos se vieron impulsados a actuar como grupo de presión, atacando no al presidente, sino a su entorno y a la penetración velada que se operaba dentro del gobierno y de la que decían, Ortiz no estaba al tanto.

El gran opositor que Ortiz y la opinión democrática harían caer sería Manuel Fresco. En este momento, los “demócratas” comenzarían a hacer su apuesta fuerte en torno a retornar a la normalidad democrática, a través de un fuerte discurso antifascista. En estos momentos, se daba una explosión de asociaciones civiles y de movilizaciones “idealistas” e “internacionales”: la oposición al antisemitismo y a la penetración nazi, el apoyo a la República española, la oposición a la anexión de Checoslovaquia, serán constantes temas en los mitines “democráticos”. Frente a este panorama, Ortiz intentará graduar la movilización antifascista y democrática, fiel a su deseo de fomentar una Concordancia liberal, como coalición de conservadores liberales y radicales antipersonalistas, que se alejaran de la órbita justista, que rompieran con los nacionalistas, pero que tampoco dejaran gravitar de manera importante a socialistas e yrigoyenistas en la vida política. Cuando el proyecto de Ortiz sea desactivado por la fracción conservadora “dura”, y su poder real se marchite hasta desaparecer, Ortiz coincidirá en un todo con la iracundia del proyecto antifascista democrático, para volverse luego, una figura mítica dentro del “panteón” democrático liberal renovado⁴³.

⁴²“Nuestro gobierno no sabe como hacer para demostrar su fobia antirepublicana en los asuntos españoles”. *La Vanguardia*, 8 de octubre de 1936, p. 1.

⁴³Mientras que durante su presidencia, ciertos logros “democráticos” de Ortiz eran matizados por la opinión antifascista, luego de su enfermedad y muerte, se lo elevará a la talla de coherente e infatigable defensor de la democracia tal como la entendían los grupos “democráticos”. Así, si seguimos la trayectoria del periódico antifascista *Argentina Libre*, veremos que bajo la presidencia de Ortiz se matizaba el logro de la intervención a Buenos Aires, donde gobernaba el “enemigo número 1” de la opinión democrática, Manuel Fresco, y se decía: “todos acompañan al presidente en cuanto ha depuesto al fraudulento gobierno de facto, *mas nadie* o

Ortiz había abierto la válvula de escape a la movilización democrática, pero la presión de los sectores más relacionados con el fraude de su partido, hacían que Ortiz buscara controlar, a través de su figura, la movilización antifascista de manera que ésta no se expresara con una postura tan abiertamente anticonservadora. A partir de la asunción de Castillo como presidente podremos ver un fenómeno que consiste en la movilización de un movimiento social que tiende a subir aritméticamente cuando las concesiones que se le hacen parecen ser sacadas a regañadientes y con total oposición⁴⁴. Así, Cuando a Ortiz lo suceda Castillo y a éste lo deponga el gobierno militar, los grupos pasarán crecientemente a un discurso más agresivo en el que, sobre la base de la guerra mundial como centro de referencia, los gobiernos eran comparados de manera directa con los totalitarismos europeos⁴⁵ y por lo tanto ninguna negociación era posible, y toda conquista era un paso más hacia la caída sin concesiones del régimen. La radicalización del antifascismo era explicada, únicamente por la tozudez del gobierno, que imposibilitaba otra manera de expresión, más acorde con la dignidad democrática que poseían los antifascistas⁴⁶.

En esta época, el antifascismo nacional, parece consumarse definitivamente como centro nucleador de los refugios “civiles” de la sociedad argentina frente a los regímenes “antidemocráticos”, que parecían gobernar totalmente al margen de la sociedad, amparados únicamente por “algunos grupos, pequeños (...), de ciudadanos encantados de los métodos totalitarios”⁴⁷. Esta imagen de insularidad del régimen frente a la

casi nadie- acompañarale en el empeño de mantener allanada la autonomía provincial más tiempo del necesario” (14 de marzo de 1940, p.3. Cursivas mías A.B.). Hacia 1943, muerto Ortiz hacía 1 año, se dirá “Ortiz había retomado la orientación de la ley y a no (sic) producirse las lamentables circunstancias que lo alejaron del gobierno, el electorado habría podido resolver sus problemas en comicios libres” (24 de junio de 1943, p. 10). La duda sobre el Ortiz presidente se había transformado en la celebración de su coherencia democrática cuando ya había fallecido y su sucesor se había demostrado inflexible con la opinión pública.

⁴⁴ Este fenómeno fue analizado en la teoría por Sidney Tarrow, en Tarrow, Sidney, “States and opportunities: the political structuring of social movements”, en Mac Adams, Mc Carty y Zald (editores), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge University Press, 1996, pp. 41-61.

⁴⁵ En el caso de Castillo, se decía: “este es ya un tipo de totalitarismo aplicado a la República Argentina. Por encima de las fronteras se identifica en los gobiernos similares que han suprimido las libertades y ahogan en sangre dos continentes”. Citado en: de Privitellio Luciano, *¿El final de un ciclo? La intervención del Concejo Deliberante de 1941*. Ponencia presentada a las VII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, p. 13. En el caso del gobierno militar se señalaba “la orientación fascista y regresiva de la dictadura de junio”, y se veía en el “nazi peronismo” a su continuador. Chinetti, Jorge Andrés y Peluffo, Virgilio (Comisión Redactora), *Frente a la dictadura*, Buenos Aires, Junta Coordinadora nacional de la Juventud, 1945 (¿?).

⁴⁶ Podemos leer en *Alerta*, órgano gráfico de la agrupación civil aliadófila *Acción Argentina*: “Acción Argentina es la única valla que se interpone ante la penetración nazi y la quietud oficial. Hubiera deseado, esa institución, ser más morigerada, menos agresiva, menos violenta en su acción, pero las circunstancias (...) la ha(n) llevado a ser agresiva”. *Alerta*, año 1, n°4, 5 de noviembre de 1940, p. 6.

⁴⁷ Repetto, Nicolás, “Pasión de libertad”, conferencia organizada por *Acción Argentina* en 1941, reproducida en *La Vanguardia*, 1ero de mayo de 1943, p. 12.

sociedad, concebida bajo la dinámica de los comités, agrupaciones y demás organizaciones civiles, era retomada por los partidos políticos “democráticos”. El Partido Socialista, quien era el más beneficiado con la visión civilista de la dicotomía fascismo-antifascismo, decía que “nunca gobernantes argentinos a partir de 1853 se han sentido más solos en la casa de Gobierno como los actuales usuarios del poder ‘de facto’, extrañamente insensibles a los reclamos imperiosos y apasionados de la opinión pública”⁴⁸. El elemento nucleador del antifascismo resultaba ser tal, que una agrupación como la Liga de los Derechos del Hombre, señalaba que la misión de ésta era ayudar a “todos los presos políticos sin distinción de ideas, acercados por el *común denominador* de su irreductible pasión antifascista”⁴⁹.

Las asociaciones civiles antifascistas y democráticas como “últimos refugios” de la Sociedad Civil y su lugar estratégico en la “representación” de los políticos democráticos.

Así, durante los diferentes gobiernos conservadores las asociaciones civiles “democráticas” parecían haberse constituido en los únicos nichos de representación civil de la sociedad en momentos en que se notaba que la dinámica de la fraudulencia había logrado el efecto deseado de desactivar el espacio público y masivo como fuente de representación y legitimidad. El panorama desolador de participación popular a fines del gobierno de Castillo era el siguiente: “la política argentina también decae día a día en el concepto público, y ello pese a los esfuerzos que realizan los partidos democráticos para mantener los prestigios del sistema representativo. Ya la gente no sale a la calle en reclamo de un anhelo. No se ven esos mitines vibrantes, que hacían temblar a los ministros, ni se percibe ninguna manifestación altiva de la voluntad colectiva”⁵⁰. La actuación de los grupos cívicos durante el fraude y el gobierno militar hacía que éstos parecieran la cuna donde se “atrincheraba” la opinión pública, que no podía expresarse legítimamente, debido a la irregularidad o carencia de las elecciones. Frente a la “unanimitad de uno” proclamada por el presidente Castillo⁵¹, los partidos “democráticos”

⁴⁸ *Frente al gobierno de facto. Documentos del partido Socialista*, Buenos Aires, 1945, p. 31.

⁴⁹ *Derechos del Hombre*, año 1, n°1, Segunda época, noviembre de 1945, p. 4. Cursivas mías, A. B.

⁵⁰ *La Vanguardia*, 1 de mayo de 1943, p. 11.

⁵¹ La frase “unanimitad de uno” expresada por Castillo ante la requisitoria por parte de la prensa sobre si una de las decisiones había sido tomada por unanimidad dentro del gabinete, significaba el colmo del despotismo para los sectores “democráticos” que la citaban constantemente como justificación de la insularidad del poder conservador. Por otra parte, la imagen de “unanimitad de uno” también era la imagen que Castillo deseaba presentar a la sociedad y con la cual deseaba representar el poder, más allá de algunos intentos del gobierno

presentaran un pluralidad de pequeñas organizaciones civiles que parecían representar a la sociedad toda. Esto hará que crecientemente, sin ver los cambios que se iban produciendo en la sociedad, los políticos se formaran una imagen algo deformada de esas agrupaciones civiles.

En realidad, antes de achacar toda la responsabilidad de esta “deformación” a la representación de la Sociedad que se hacían los demócratas, deberíamos recordar lo difícil que resultaba sondear la opinión pública en esos momentos de Estado de Sitio conservador y de desmovilización general. Los demócratas llegaban a dudar de la misma existencia de la opinión pública: “¿Existe una opinión pública en el país? Negarla, sería negar la base de nuestros principios republicanos. Pero quisiéramos auscultar verdaderamente esa opinión, cosa imposible de hacer en las circunstancias legales en las que vivimos”⁵²

Cuando el candidato a vicepresidente por la Unión Democrática, Enrique Mosca, señale hacia 1946, luego de 15 años de carencia de elecciones libres, que su partido contaría con el 80% del apoyo ciudadano, seguramente lo hacía al pensar en que no sólo todos los radicales votarían en masa a Tamborini como presidente, sino también en que la multitudinaria cantidad de agrupaciones y sectores civiles que apoyaban la candidatura “democrática” se convertirían en una cantidad proporcional de votos. Sin embargo, el electorado de 1946 había variado bastante con respecto al de las épocas de gobierno radical, y si bien la elección no dejó de ser relativamente “peleada”, los optimistas cálculos previos del 80% quedaron como ridículas expresiones de petulancia, recordadas constantemente por la literatura posterior que achacó a los dirigentes “democráticos” la falta de inserción *verdaderamente popular* en sus filas. Si bien cierta ceguera de los “demócratas” había sido real y la indignación que despertó su comportamiento en grupos opositores y de jóvenes seguidores que se habían sentido engañados resultaba comprensible⁵³, parece interesante comprobar que las críticas más iracundas contra la Unión Democrática en el sentido de perder arraigo popular partirían de analistas políticos de este período que, a diferencia de Perón, seguirían aferrados luego, a una apelación

de legitimarse a través de la “voz de la opinión pública” como fue el “Plebiscito por la Paz”, en el cual se juntaron 1 millón de firmas para avalar la política de neutralidad del presidente y de su canciller Ruiz Guiñazú.

⁵² *Argentina Libre*, año 3, n°119, 2 de julio de 1942, p. 3.

⁵³ Esteban Rey, antiguo militante de la Juventud de la Unión Democrática, expresaría pocos años después, lo profundo de su desazón: “Usaron de nosotros y de nuestra generosidad idealista para proteger desde la periferia de la agitación ideológica, la consolidación de sus intereses económicos y su predominio social”. Strasser, Carlos (compilador), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Avellaneda, Palestra, 1959, p. 214.

“Pueblo versus Oligarquía” tan rígida que deformó su percepción de los grupos populares y los condenó a una marginalidad política similar a la de los “antifascistas”⁵⁴. En ese sentido, creemos que las apelaciones políticas que cimentan su prestigio en su durabilidad como herramientas flexibles de defensa frente a la conmoción del cambio político real o de movilización frente a una situación políticamente estancada, se vuelven un instrumento de doble filo cuando la realidad, o al menos la percepción de la sociedad ante la que apela, se transforma y la sobrepasa de manera incontenible. El antifascismo como apelación política se llevó, con su prestigio, las anacrónicas esperanzas de los “demócratas” de reconstituir las fibras liberales de la Sociedad Civil en los términos que definitivamente se habían roto con el golpe uriburista.

Conclusión. Un sol que dio sombra: ventajas y obstáculos de la apelación antifascista.

El tipo de legitimidad civil que daban esas uniones entre ciudadanos parecían interpretar verdaderamente las voluntades de la población y hasta ensanchar la democracia. La represión, parecía sólo volverse en contra de las autoridades. De allí, que se veía que si bien “han sido destruidos los órganos leales de nuestra democracia, (...) la democracia se amplía, se profundiza y se hace invencible en el corazón de las masas, a medida que avanzan las horas”⁵⁵. El antifascismo se convirtió en uno de los temas de nucleamiento preferido por los grupos civiles que intentaban reconstruir una red de lealtades frente al gobierno conservador, y luego militar, porque permitía conjugar un discurso ampliamente radicalizado al que podían adscribir amplios y variados sectores de la población, sin la necesidad de corresponder con una transformación real de las relaciones sociales que esos grupos que la conformaban estaban dispuestos a respetar, o al menos a posponer su transformación frente al objetivo inmediato, que era el restablecimiento de la normalidad política y la democracia tal y como funcionaban antes del 6 de septiembre de 1930.

⁵⁴En ese sentido podemos ver los casos de Alberto Belloni, miembro del “Partido Socialista de la Revolución Nacional”, boycotado según él por los elementos burocráticos del peronismo, y de Jorge Abelardo Ramos, miembro del pequeño “Partido Socialista de la Izquierda Nacional”. Sagaces en comprender la “ceguera” política de la izquierda tradicional de esos años, sus esquemas rígidos en la comprensión final de los posteriores desarrollos del peronismo, los dejarán a trasmano de ese movimiento de masas. Para sus críticas de la Unión Democrática como “olla podrida donde se encontraba de todo” y derivación del “antifascismo cipayo de la década infame”, ver respectivamente: Belloni, Alberto, *Del anarquismo al peronismo*, Avellaneda, Peña Lillo, 1960, p. 48 y Ramos, Jorge Abelardo, *Breve historia de las izquierdas en la Argentina*, op. cit., tomo II, p.136.

⁵⁵ Puiggros, Rodolfo, *Rosas el pequeño*, Buenos Aires, Perennis, 1953, prólogo a la primera edición de 1943, p. 13.

La relación entre los grupos civiles antifascistas y los partidos políticos “democráticos” que decían tener “la seguridad de traducir las inquietudes y angustias de la ciudadanía”⁵⁶ se daba con una dinámica similar a la descrita por Claude Lefort cuando señalaba que “las luchas que se despliegan a partir de los diversos focos de la sociedad civil no son apreciadas sino en función de las posibilidades que ellas ofrecen, a corto o largo plazo, de modificar o transformar las relaciones de fuerza entre los grupos políticos y la organización del Estado”⁵⁷. Esta relación, sin embargo, no puede verse con el prisma de la “manipulación” por parte de los partidos sobre el movimiento social, ya que si los partidos adaptaban políticamente el discurso cívico antifascista para satisfacer estrategias de poder, esto se daba porque “aunque los movimientos casi siempre se conciben a sí mismos como algo exterior y opuesto a las instituciones, la acción colectiva los inserta en complejas redes políticas, poniéndolos así al alcance del Estado”⁵⁸ y de los partidos políticos.

La interrelación entre los partidos y las agrupaciones civiles fue tal que los mismos partidos políticos resultaron embebidos en ese discurso civilista de una manera tan profunda, que produjo que quedaran “obnubilados” por la flexibilidad que el antifascismo como herramienta discursiva tan potente era capaz de producir. Así, no supieron ver que esos grupos de ciudadanos, unidos por agrupaciones que se hacían y deshacían en torno a los núcleos partidarios, no representaban el todo de la Sociedad Civil que ellos buscaban recepcionar como masa electoral.

El duro despertar del sueño civil antifascista se daría con la derrota de la Unión Democrática en 1946, que confirmó que los simpatizantes no eran los electores y que la nueva sociedad civil políticamente incorporada era diferente a aquella que los grupos civiles cercanos a los partidos políticos democráticos, decían representar.

El despertar del sueño antifascista no fue totalmente brusco. No sólo en relación a los socialistas, quienes lo seguirán viviendo largamente, sino también en relación con aquellos grupos que no lo habían creído demasiado, o que al menos no lo consideraban el eje político más relevante. La revista *Hechos e Ideas* será uno de los casos en los cuales, al arrullo del pensamiento del analista norteamericano Harold Laski, se había comenzado a rever la misma definición de democracia, a la luz de la necesidad de justicia

⁵⁶ *Frente al gobierno de facto*, op. cit., p. 12.

⁵⁷ Lefort, Claude, “Derechos del hombre y política”, en *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990, p.32.

⁵⁸ Tarrow, Sidney, *El poder en movimiento. Los nuevos movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1997, p. 61.

social y de la ampliación política de las masas sociales. Serán los que luego mayoritariamente conformarán el retorno del intransigentismo al radicalismo⁵⁹.

Los “demócratas antifascistas” conocían de antes la palabra “justicia social”. Ellos criticaban a Perón, diciendo que ellos habían sido los primeros defensores de la misma. Durante la campaña política muchos dirigentes de la Unión Democrática habían visto la incompletitud de la apelación democrático antifascista y apelarían a diferenciar la justicia social de lo que ellos llamaban la demagogia peronista. Los jóvenes democráticos señalaban que “frente a la bullanguera acción del instrumento de la demagogia peronista (la secretaría de Trabajo y Previsión social A.B.) (...), el Congreso nacional y los sindicatos libres levantan los testimonios de su sostenida y fecunda labor dignificadora”⁶⁰ Pero precisamente, la imposibilidad de evitar que estos los pares “democracia tradicional-justicia social” se volvieran menos antagónicos de lo que Perón podía presentarlos, generaba que libertad de los demócratas no pudiera presentarse sino bajo un tono exclusivista.

Cuando se mentaba, desde el lado demócrata, el carácter social de los mecanismos democráticos “tradicionales”, reivindicando las conquistas sociales anteriores, a ojos de parte del electorado ante el que apelaban, quedaba como si aquella antigua democracia fuese lo único que tuvieran para ofrecer, sobre todo cuando decían que “se trata pues, de salvar a la república Argentina, tal cual en ella nacimos y la soñaron nuestros antepasados”⁶¹. La identificación de democracia con justicia social se hacía más difícil, cuando el *lock-out* comercial e industrial del 14 de enero de 1946 era interpretado por un periódico antifascista como la oposición al “aspecto económico y social, de acción incontrolada, (que) es típico de los sistemas nazifascistas”⁶², y que había sido realizado por “todas las fuerzas libres y unidas del capital y del trabajo (que) exteriorizaron pública y firmemente (...) la voluntad, hecha acción intensa, por la defensa de nuestros principios constitucionales”⁶³.

Frente a esas palabras, parecía que Perón podía realizar una lectura de la unidad entre democracia y justicia social en clave obrera, que parecía estar ayudada por los futuros tiempos de posguerra, en las cuales la democracia se había dejado de pensar en términos formales:

⁵⁹ Ver Piñeiro, Alberto G., “El radicalismo social moderno. Hechos e ideas 1935-1941” en Ansaldi, Waldo, Pucciarelli, Alfredo y Villaruel José C. (editores), *Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos, 1993, pp. 295-318.

⁶⁰ Chinetti, Jorge Andrés y Peluffo, Virgilio (Comisión Redactora), *Frente a la Dictadura*, op. cit., p. 29.

⁶¹ Silveyra de Oyuela, Eugenia, “La mística redentora”, *Antinazi*, año 2, n°45, 3 de enero de 1946, p. 6.

⁶² *Antinazi*, año 2, n°47, 17 de enero de 1946, p. 1.

⁶³ *Idem*.

“Yo también soy partidario del gobierno democrático y de las formas institucionales (...) Es una cosa que nadie discute. En la secretaría de Trabajo y Previsión ya hemos recibido, en un año, más de cien mil personas. Todas obreras. Eso representa forma democrática. Cada vez que inicio mis discursos y digo: ‘Como dicen que soy nazi’... los obreros que me escuchan se ríen a carcajadas. Esa es una leyenda negra como tantas(...) no creo que la normalidad democrática pueda ser (...) el entronizamiento de una oligarquía que es la que ha venido gobernando el país durante setenta años”⁶⁴.

Frente a este discurso, los “demócratas” no supieron reaccionar a tiempo. La apelación antifascista que había endurecido la postura demócrata y la tradición liberal nacional en los momentos de fraude y dictadura, impidió que la nueva apelación que aparecía en todo el mundo como expresión de recambio, la de “justicia social”, fuese adoptada con la fuerza y naturalidad con la que la dotó su adversario, que, al aparecer carente de tradiciones anteriores, la supo administrar como guía de resolución de todos los problemas sociales, con la misma flexibilidad y ubicuidad que supo tener aquel “antifascismo” joven de los años 30’s, que parecía poder dar respuestas a todos los problemas humanos, en su calidad de “ideal concreto capaz de soldar a los elementos que los siguen, (y de) ideal universal (que) anima y mancomuniza a todos los sectores”⁶⁵.

Hacia 1946, en Argentina, la herramienta antifascista había cumplido su edad útil, desgastada por el uso constante e intenso al que había sido sometida durante más de una década.

⁶⁴*La Prensa*, 25 de diciembre de 1944, p. 12.

⁶⁵Palabras dichas por el poeta peruano César Vallejos citadas por Schneider, Luis Mario, *II Congreso de Escritores Antifascistas*, Barcelona, Laia, 1978, volumen I: La inteligencia y la guerra civil española, p. 60.